ILMO. SR. DR.

DON EULOGIO GREGORIO GUILLOW

ARZOBISPO DE OAJACA.

El movimiento revolucionario en Francia, iniciado por las falsas escuelas filosóficas, fueron el fruto de un descreimiento tan nocivo como trascendental, proyectada i puesta en práctica por un pueblo sin fe i llevada a la más atroz consumación por ese mismo pueblo ensañado con su dios i con su monarca, desconociendo toda su misión i toda harmonía social para establecer un desequilibrio que desde entonces hasta nuestros días tiene a la humanidad en constante batallar entre la creencia i la conveniencia personal.

Entre todas las demoliciones llevadas a cabo a la voz de los demagogos i de los libres pensadores, son un átomo de aquella hecatombe las materiales como la de la Bastilla, i se agiganta con proporciones colosales por sus funestas consecuencias la del dogma religioso que por tantos siglos había preponderado en la culta nación de las naciones.

Las testas de la nobleza rodando de la guillotina al cesto, si bien fueron las de otros tantos mártires de aquel salvajismo popular, piérdense entre las sombras de la muerte como astros de pequeña magnitud en el cielo de una noche tempestuosa para dar brillo eterno a las persecuciones seguidas contra los sacerdotes de aquellos tiempos, que fieles a su fe i a su dios, no temblaron ante los furores de aquellas hordas desenfrenadas, i fueron los sostenedores de la religión que había más tarde de imperar en Francia contra toda la voluntad de los enemigos de la Iglesia i del Trono.

Desquiciado el edificio católico, minado por su base ese santuario de las almas, los ministros del Señor tenían que redoblar sus esfuerzos de lucha para que quedaran en pie siquiera fueran ruinas de aquel edificio derruido para sobre él reedificar a su debido tiempo la Iglesia de Cristo.

Hubo en esta vez, como en todas las que el pueblo de Dios ha sido ingrato, hombres predestinados a la reivindicación, espíritus superiores que por sobre todas las miserias terrenas, sobre todos los apasionamientos i sobre todas las mezquindades humanas, dejara en su sitio los principios de las doctrinas divinas, llevando a ese mismo pueblo infiel por el sendero de la verdadera felicidad.

Entre los hombres de aquella época destácase majestuosa i solemne, grandiosa e imperecedera, la figura de Napoleón I, el Gran Capitán del siglo, el ilustre desterrado de la isla de Santa Elena.

Sobre los trabajos de la Convención Nacional i de la Asamblea, estaban los designios del Omnipotente.

Sobre las constituciones revolucionarias estaba el Código de Cristo.

Napoleón fué siempre una esperanza para el catolicismo, tan agobiado en aquellos años, cuyos acontecimientos políticos conmovieron a todo el Orbe.

I aquella esperanza se realizó.

La Providencia Divina cuidó al egregio cadete, al estimado Cabo del Ejército, al veterano de la Vieja Guardia en la difícil excursión por el Egipto, le hace tornar ileso a la Francia i forma un triunvirato con los grandes cónsules para restablecer el poder, acallar las pasiones desbordadas i reconquistar el equilibrio social, desquiciado, como ya hemos dicho, por la demagogia.

El tiempo transcurría i en corto lapso fuéronse viendo los progresos que el poder de los tres cónsules dió a la nación; cayeron por tierra los errores políticos sancionados por convenciones i asambleas i una constitución liberal vino a desechar las falsas prerrogativas acumuladas en los códigos revolucionarios.

De todos los principios demolidos, el de la religión era el que debía ser más violentamente reconquistado en bien de la sociedad.

Napoleón fijó mui bien su talento predilecto en aquel punto, i todas sus miradas se dirigieron a él,

i todos sus afanes fueron a converger en tan importante objeto.

Como si la Francia fuera su patria, como si aquel suelo, humeante aún de sangre, fuera en el que vió la luz primera, se encariña con él i procura darle la verdadera libertad, la libertad por la creencia.

Elevado al rango de primer Cónsul cuando todo el poder estaba resumido en aquella personalidad que de tanta gloria guerrera se cubrió, Napoleón celebra un contrato con la Santa Sede, contrato amplio i perfecto, así para los dominios de la Iglesia, como para las conveniencias sociales de Francia, i por él la religión católica vuelve a ser la única i dominante en aquel país, en el que las sectas i las sociedades secretas habían llevado el desorden en las conciencias i en las cosas.

El clero, en todas sus dignidades, volvió a disfrutar de las prerrogativas que le da su alto ministerio, el culto se rehace i todas las prácticas del cristianismo vuelven a imperar en los hogares i en los templos.

Aurora de redención fué aquel contrato que la historia guarda en sus páginas de oro.

El Gran Capitán conduciendo las legiones civiles a la estabilidad política, llevaba a las almas a la perfección moral.

El únicamente vencido en Waterloo, el olvidado de Santa Elena, surgía sus triunfos militares i se preparaba los consuelos en las decepciones políticas, restableciendo en Francia la religión católica.

Este hecho, que tan difícil parecía ser en aquellos tiempos de lucha contra toda institución, comprueba lo que llevamos dicho: Napoleón fué un privilegiado del cielo, un predestinado para que prevaleciera la Iglesia de Cristo, entre aquellos escombros físicos i espirituales sobre las cabezas cortadas por la guillotina i sobre las persecuciones hechas al verdadero dogma.

Como aquellos sacerdotes que lucharon por la causa cristiana en Francia, Monseñor Guillow lucha contra los errores que desde entonces cundiesen, i como el primer Cónsul, se inmortaliza haciendo que la religión prevalezca contra todas las pasiones i contra todos los falsos escudos.

Monseñor Guillow lleva en sus venas la sangre de la aristocracia española, i en su espíritu ese temple varonil de la raza inglesa.

Hijo del Sr. D. Tomás Guillow i la Sra. Zavalza, Marquesa que fué de Selva Nevada, nació en Puebla el 11 de marzo de 1841.

Desde niño, por causa de salud, residió en Tlaxcala, i en 1851 vino a Méjico, cuando próxima estaba i se respiraba ya el viento huracanado de la Reforma.

Fué con su padre a la primera Exposición de Londres, i quizá esas primeras impresiones de su juventud infundieron en su carácter ese espíritu emprendedor que le distingue.

De allí pasó a Dorcherter en donde aprendió el

inglés i las nociones primeras para poder ingresar al colegio de Stong-hurst, dirigido por jesuitas.

Pasó después a Bélgica, al Colegio de Alost, en donde terminó sus estudios de humanidades, i más tarde, el 15 de agosto de 1863, recibió el primer grado de la dignidad eclesiástica de manos del Ilustrísimo Señor D. Pelagio Antonio de Labastida i Dávalos, de grata memoria entre la gran familia de los católicos mejicanos.

Representando al clero mejicano en el célebre Congreso Católico de Malinas i por distinción de Su Santidad el Ilustre Pontífice Pío IX, se le inscribió en la academia de Eclesiásticos nobles de Roma, la Ciudad Eterna, en donde ilustró su clarísimo talento con profundos estudios sobre teología, moral, hermenéutica sagrada, derecho canónico, economía política, diplomacia eclesiástica, derecho romano i criminal, mereciendo por todos estos merecimientos el honorífico grado de Doctor.

En 1869, como una singular recompensa a su vasto saber demostrado en una brillante alocución ante la Corte Pontificia i el Cuerpo Diplomático, Su Santidad lo nombró Prelado doméstico en 1869, i aun se le ofreció un puesto distinguido en una de las nunciaturas, dignidad que no le fué posible aceptar, por atenciones de familia, en los últimos días de la vida de su padre.

Fué elevado á la alta dignidad de Obispo de Oajaca en 1887, siendo consagrado con gran pompa de la aristocracia mejicana en el templo de la Profesa.

Marchó a su Diócesis i a poco se dieron a conocer los benéficos efectos de su celo apostólico, de su inteligencia i su virtud.

Introdujo importantísimas mejoras en la disciplina eclesiástica, reformando con ventajas la institución de que es honra i pres por sus reconocidos méritos.

Fundó el Seminario Mayor en donde se instruyen en todos los conocimientos los jóvenes que se dedican al sacerdocio.

El Seminario Menor fué también objeto de sus paternales cuidados.

Fundó también la Escuela Apostólica, una casa de Expósitos, un Hospicio i un Hospital de caridad.

A su celo por la instrucción, debe la niñez escuelas de instrucción primaria para niños i niñas.

León XIII tuvo a bien elevar al rango de Arzobispado a la Diócesis de Oajaca i entonces el Sr. Guillow fué su primer Arzobispo, con jurisdicción en cinco Sedes sufragáneas: Yucatán, Chiapas, Tabasco, Tehuantepec i Campeche.

A sus nobilísimos esfuerzos se debe el Concilio Provincial de Antequera, en donde brillaron por su saber i su elocuencia tantos sabios i grandilocuentes, como el Dr. Luis Silva, de Guadalajara.

Como evangelizador es bien conocido su celo i su infatigable actividad para derramar los tesoros de la sabiduría cristiana entre sus fieles.

Tal es el primer campeón de los soldados de la Iglesia.

Como ciudadano, a su espíritu de empresa, Mé-

jico le debe su participación valiosísima en la industria ferrocarrilera con sus estudios sobre el ramo, respecto á las vías férreas en actual explotación.

Honró a la Comisión Mejicana en el Certamen industrial i científico de Nueva Orleans, asociado con el Señor Presidente de la República, Gral. Porfirio Díaz i el inteligente Ingeniero de Jalisco, D. Mariano Bárcena.

Hombres del talento, de la instrucción, de la actividad en todos los ramos del saber i de la virtud de Monseñor Guillow, honran a la patria, benefician a la sociedad, prestigiando principalmente a la religión con tales méritos.

ILMO. SR. DR. D. IGNACIO MONTES DE OCA,
OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.